

LA EMIGRACION DE NEGROS LIBERTOS NORTEAMERICANOS A HAITI EN 1824—25

Por Jean Stephens

DURANTE EL ULTIMO DIA O LA ULTIMA NOCHE del año 1824, vino a dar a tierra un barco en Sand Key, punto más al sur de las Islas Turcas, en las Antillas. Era un barco derelicto, sin capitán, sin tripulación y sin que se supiera de supervivientes. Papeles hallados a bordo revelaron que se trataba del "Jerome Maximilian", que había zarpado de Nueva York el 2 de diciembre, y que se dirigía a Puerto Príncipe, Haití, bajo el mando del capitán Marre. Thomas Wynns, Agente Comercial de los Estados Unidos en las Islas Turcas, envió un mensaje avisando a los embarcadores y demás partes interesadas, que se habían salvado una considerable cantidad de bienes y que se procedería de acuerdo con la ley.

Cuando la noticia llegó a los Estados Unidos a fines de enero, los embarcadores se sintieron muy preocupados pero para las demás partes "interesadas" en el viaje, la suerte del Jerome Maximilian era en especial, trágica. Llevaba como pasajeros a unos cincuenta emigrantes negros de los Estados Unidos —hombres, mujeres y niños libres— que iban con la esperanza de empezar una nueva vida en la República de Haití.

Había sido una esperanza muy corta para estas víctimas de los vientos y los bajíos antillanos. La invitación hecha a los negros libres, hacía pocos meses, en junio de 1824, provenía de Jean Pierre Boyer, Presidente de Haití. El primer barco que transportara emigrantes, el "Charlotte Corday", había salido de Filadelfia el 23 de agosto. Sólo

tenían un verano y un otoño para tomar la valiente decisión de abandonar la patria de varias generaciones, que aunque ingrata, patria era, e irse a vivir entre gentes con historia, idioma, costumbres y religión distintas. A los emigrantes se les había prometido que en la República negra de Haití, ellos tendrían por lo menos, igualdad civil y aceptación social; condiciones que ni aún la libertad les había brindado a los negros de los Estados Unidos. De pronto, las esperanzas y las expectativas se esfumaron para los pasajeros del "Jerome Maximilian", excepto, quizás, para una mujer.

En la península de Samaná, en la República Dominicana, la punta nororiental de la isla que en 1824 estaba gobernada totalmente por Haití, miembros de la familia Hamilton que hoy en día viven allí, dicen, en su a veces arcaico inglés, que ellos descienden de una negra americana que, sujetándose de una tabla, fue lanzada a una playa en el norte de Samaná, después de haber naufragado su barco. El nombre de su antepasado era Margaret y fue hallada por un nativo de la península con quien más tarde se casó. Margaret pronto descubrió que la tabla a la que tan desesperadamente se aferró, la había llevado a una colonia de emigrantes como ella. Estos habían llegado a Samaná desde los Estados Unidos el mes anterior: a diferencia de ella, habían llegado sanos y salvos al pueblo de Santa Bárbara en la bahía de Samaná, en la goleta "Unity" y en el bergantín "Dove". Pronto les siguieron otros emigrantes en los bergantines "Mary" y "Four Sons". A pesar de su feliz llegada, algunos de los pasajeros se quejaban del viaje. Uno de ellos, John Cromwell, escribió a su nativa Filadelfia el 14 de enero de 1825, a su antiguo pastor y vecino, Richard Allen:

"Muchos de los pasajeros del bergantín "Dove" la pasaron muy mal debido a que ponían el agua en barriles de aceite; eso junto con las provisiones saladas, fueron muy perjudiciales para los pasajeros, aunque nuestro capitán estuvo siempre en excelente disposición".

Ya fuere por estas u otras razones, en las historias que cuentan los descendientes de estos emigrantes de Samaná, de los cuatro barcos que llevaron emigrantes, sólo el "Dove" se recuerda y ha sido románticamente transformado en la "Tortura Dove". Hay otra historia

popular sobre un barco que naufragó en Samaná, depositando allí a los emigrantes y no en la ciudad de Santo Domingo que era el puerto de destino. Recuentos escritos en la época no dan testimonio sobre esto pero quizás hay alguna relación entre la historia de la familia Hamilton, la historia de un naufragio, y el "Jerome Maximilian". Todo ello provoca interrogantes sobre la suerte que corrió este último. Es el único naufragio en record que encaja en cuanto a la época, el lugar, y las circunstancias. El barco estaba retrasado considerablemente cuando vino a dar con la costa de Sand Key. ¿Había vagado a la deriva, silencioso y sin tripulación empujado por los vientos y las corrientes del noroeste, desde el lejano lugar del desastre en los bancos que se hallan frente a la costa de Samaná?

Si el naufragio del "*Jerome Maximilian*" es sólo un acontecimiento posible o un misterio, en la historia de la colonia de Samaná —cuyos miembros aún hoy se llaman a si mismos "americanos"— representó una gran tragedia para el casi desconocido, práctico y humanitario proyecto que dio como resultado la fundación del asentamiento. En menos de un año, unos 6,000 negros americanos fueron transportados desde los estados atlánticos de Norteamérica hasta varios lugares de la isla de la Española. Una emigración iniciada por el Presidente Boyer y financiada totalmente por el Gobierno haitiano.

La idea no era original de Boyer. En 1820, en las vísperas de la caída y suicidio de Cristóbal, gobernante del reino del norte de Haití, su agente, Sanders (conocido también en los Estados Unidos como el Príncipe Saunders), se aprestaba a viajar a los Estados Unidos como portador de una proposición similar a la que más luego envió Boyer. Cristóbal canceló abruptamente una entrevista con Sanders para firmar los papeles oficiales que hubieran puesto el plan en movimiento. Esta acción constituye una indicación sobre los presagios de Cristóbal sobre su futuro, pues el proyecto era uno de sus favoritos.

Desde la época de las primeras insurrecciones en Haití en 1789, existió una fuerte corriente de opinión favorable a traer de regreso a Haití los esclavos que habían sido llevados a Norteamérica con sus amos blancos franceses que habían huido. En 1804, Dessalines ofrecía una recompensa de \$40 a los capitanes de barcos

americanos por cada negro haitiano que trajesen de vuelta desde los Estados Unidos. Esta ambición puede que haya sido un factor para adelantar la revolución haitiana. Los dueños de las plantaciones creían que los africanos que se habían “curtido” en las Antillas tenían más posibilidades de sobrevivir y por lo tanto constituían un menor riesgo financiero. Por consiguiente, muchos de los esclavos de Norteamérica eran traídos de esas islas y no directamente desde Africa.

En los Estados Unidos, una convención de abolicionistas americanos celebrada en Filadelfia en 1818, había sugerido la posibilidad de enviar negros libertos a Haití. Cristóbal se interesó en el asunto y le escribió sobre esa posibilidad a su amigo y confidente en Inglaterra, Thomas Clarkson. Clarkson, que era generalmente sensato, dio rienda suelta a su entusiasmo e imaginación. Le contestó a Cristóbal que quizás se podría persuadir a los Estados Unidos para que compraran la parte española de la isla, las dos terceras partes orientales que constituye hoy la República Dominicana, la poblara de esclavos libertos y se la cediera a Cristóbal. Cristóbal no era tan ingenuo como para imaginarse tal cosa y dispuso que Sanders fuera a Filadelfia el 6 de octubre de 1820 con una proposición mucho más razonable y promisorio, en un barco destinado a la operación y con \$25,000 en sus manos como primer aporte al proyecto. El plan de Cristóbal de traer a Haití negros libres de Norteamérica murió con él el día 8 de octubre, pero otro plan similar se había estado gestando en la República Haitiana del Sur de Boyer.

En 1818, Henri Simonise, un mulato nacido en Carolina del Sur pero educado en Inglaterra, encontró intolerables su situación y sus perspectivas en los Estados Unidos, y se marchó a Haití. Allí conoció a B. Inginac, Brigadier General de la República de Haití de Boyer. En 1820 Simonise persuadió a Inginac de que fundara la Société Philantropique d'Haiti. El propósito de la sociedad era ayudar y asentar en Haití a cualesquiera negros libres que quisieran abandonar los Estados Unidos. Cuatro años antes, se había fundado en Estados Unidos una sociedad para asentar negros americanos en la costa occidental de Africa. Inginac y Simonise pensaron que la moderna República de Haití, situada en las Antillas, era obviamente un mejor lugar de inmigración para los “curtidos” negros libres de Norteamérica, que la distante, formidable costa africana, de la cual,

la mayoría de esta gente había sido desarraigada hacía entonces ya varias generaciones.

Los acontecimientos que abrieron el camino al derrumbamiento del reino norteño de Cristóbal y la subsiguiente conquista de toda la isla por el republicano Boyer, mantuvieron ocupados al General Inginac y a los miembros de la Societé durante los años siguientes.

La Societé Philantropique languideció pero la idea quedó y Boyer debió haber considerado sus posibles beneficios para Haití así como también su espíritu humanitario. Finalmente, cuando en 1824, se unificó la nación y se estableció la paz, Boyer se halló en posibilidad de ser práctico a la vez que humano.

Con Cristóbal murieron los últimos monumentales aunque díscolos líderes de la revolución haitiana. Boyer era menos carismático que ellos pero era un jefe capaz y honesto. Había sido bien educado en Francia y había probado ser un líder militar durante la revolución. Un terrateniente de la Florida que conoció a Boyer en 1830 le escribió a un amigo:

“Es un hombre muy inteligente y sensato, y creo que tiene mucha integridad y patriotismo. Es de estatura mediana y muy oscuro de tez. Su trato es espontáneo y cortés”.

Sin duda, Boyer estaba consciente de las necesidades vitales de su naciente república. La población de la isla había sido diezmada por las muchas muertes que produjo la revolución y por la partida de quienes pudieron escapar. La riqueza que producían las plantaciones que había dado popularidad en Francia a la frase “rico como un criollo”, se había reducido a una fracción. Francia le estaba reteniendo su reconocimiento a la independencia haitiana y exigiendo una indemnización enorme. Era imperativo repoblar la isla y revigorar su economía con los únicos medios disponibles entonces a una economía basada en las plantaciones sin esclavos —la agricultura voluntaria de hombres libres ambiciosos.

En Estados Unidos había una posible solución a los problemas de Boyer. Allí había una población de negros libres de unos 200,000,

oprimida e indeseada. Si se podía inducir a un gran número de esta gente a emigrar a Haití y a dedicarse a la explotación de la tierra, las ambiciones de Boyer con respecto a la isla podrían comenzar a realizarse.

Por su parte, los negros libres instruidos de los Estados Unidos y los que tenían conciencia de un mundo más amplio, no podían dejar de interesarse en esta nueva nación de las Antillas, gobernada únicamente por negros.

El Reverendo Thomas Paul, que era un ministro bautista negro de Boston, tenía a Haití muy presente en su pensamiento. Para él era una pena que la religión de la república fuera el catolicismo. Sin duda, los haitianos debían beneficiarse del mensaje del “despertar” protestante americano que estaba produciendo un impacto tan notable entre los blancos, los negros, los esclavos y los libertos.

Thomas Paul estaba consciente de su propio talento, que era prodigioso. Nacido en Exeter, New Hampshire, de “padres respetables”, fue ordenado en el ministerio bautista en 1804. Además de ejercer su ministerio en su propia Iglesia Africana Bautista en la calle “Joy” en Boston, había colaborado en la fundación de la Iglesia Bautista Abisinia en Nueva York, y atraía gran público a sus prédicas entre los blancos de Boston. Podía “predicar ante una audiencia de más de mil personas capitalizando su atención durante una hora”. Sus bautizos “producían una impresión indeleble” hasta entre los simples curiosos. En 1823, el Reverendo Paul presentó ante la Sociedad Bautista Misionera de Massachusetts un plan para mejorar las condiciones morales y religiosas de los haitianos. Los directivos lo acogieron con entusiasmo y Paul fue enviado a Haití sin demora.

La misión de conversión del Reverendo Paul no fue particularmente exitosa. Paul era incuestionablemente elocuente pero él no hablaba francés, el idioma oficial de Haití, mucho menos creole, el idioma del campesinado haitiano. Sin duda, esto impidió que se dirigiera a las masas que él podía inspirar. De todos modos, disfrutó de su estadía en Haití, y describió el país en la retórica de un buen predicador de la fe.

“La isla tiene una espléndida localización, donde abundan todas las cosas necesarias y hasta de lujo de la vida. Presenta a la vista el escenario más romántico y bello; mientras sus verdes montañas traen a la mente lo que hemos leído sobre la antigua Gilboa, Tabor, el Líbano, el Carmelo y Sion, sus fértiles valles nos regalan la lujurante riqueza de los valles israelitas de Canaan”.

El Presidente Boyer recibió a Paul y lo impresionó con una generosa oferta para inmigrantes americanos que vinieran a la isla. Paul también conoció al General Inginac quien ofreció asentar en sus propias plantaciones a cualquiera que enviara el pastor.

En la primavera siguiente, el Reverendo Paul envió desde Boston a un joven de apellido Brown junto con cuatro acompañantes. Anunciando su feliz llegada, Inginac le escribió a Paul:

“He enviado a estos cinco jóvenes a una de mis plantaciones de café, donde espero estarán contentos; si ellos son trabajadores y sobrios, estarán felices pues allí encontrarán cosas que les darán bienestar. . . Gracias por sus diligencias en el envío de estos cinco jóvenes, y aún tengo lugar para doce más, quienes Ud. podrá enviarme con confianza. De esta manera, habremos contribuido a mitigar el infortunio de nuestra gente conduciéndolos a ganarse la vida sin humillaciones ni vergüenza. Seguiré pagando los pasajes de los que deséen colocarse en mis plantaciones, quienes recibirán la mitad del producto obtenido, como he hecho con los cinco que han llegado. . .”

Sin duda Boyer estaba al tanto de los envíos de Paul lo cual, junto con las solicitudes de información de personas interesadas en emigrar, y la llegada de otros que habían llegado a Haití por su cuenta, lo alentaban en sus planes. Boyer decidió ofrecer incentivo para que los inmigrantes se dedicaran a las ocupaciones que más se necesitaban. El día de la víspera de Navidad de 1823, envió las siguientes instrucciones a los comandantes de los distritos de la República.

“Deseoso de aumentar en el país el número de agricultores y de esa manera aumentar su población, he decidido, mi querido General, que los emigrantes de color que vengan a Haití que deséen establecerse en las montañas o valles a cultivar con sus propias manos las tierras del dominio público, serán autorizados a cultivarlas para su propio beneficio. Estas tierras, después del pago de los impuestos establecidos por la autoridad del lugar, serán cedidas en propiedad a aquellos que las trabajen y aumenten su valor, dividiéndolas en plantaciones adecuadas para la producción de café y otros productos que puedan dar alguna renta al estado”.

Había un comercio relativamente activo entre Nueva York y Puerto Príncipe. Las noticias sobre los actos y actitud del Presidente haitiano pronto llegaron hasta el Reverendo Loring D. Dewey, un ardiente abolicionista que hacía poco había sido designado agente de la rama de Nueva York de la Sociedad Americana de Colonización.

Dewey había imprimido nuevo vigor al sonámbulo capítulo de Nueva York; él abordó la idea de la emigración hacia Haití con el mismo entusiasta, aunque independiente ardor. Dewey le escribió personalmente al Presidente Boyer, a través de la oficina del General Inginac, e hizo preguntas tan directas y complejas como las siguientes:

“...en caso de que se le diera la oportunidad de ir y establecerse en su isla a cualquiera que desée emigrar a ésa, ¿se le dará en la misma forma irrestricta que nuestro gobierno la ofrece a todos los inmigrantes de otros países? ¿Cuál es el precio de las tierras? ¿Pueden obtenerse en grandes cantidades de modo que grupos numerosos pudieran asentarse en la misma vecindad?”

También preguntó si el gobierno haitiano sufragaba los costos de transporte; en qué medida se le daría ayuda a los emigrantes, la situación en que se hallaba en la República la institución del matrimonio y la educación, y lo que era aún más ambicioso, si se le permitiría a la Sociedad “plantar una colonia en la isla, que tuviera sus propias leyes, tribunales y legislaturas, que fuese en *todos* los

aspectos, como uno de los estados de la Unión conectado y sujeto al gobierno de Haití, sólo en la forma en que cada estado lo está a nuestro gobierno general? ”

Boyer estaba encantado. Como es natural, él pensó que esta era una comunicación oficial de la Sociedad Americana de Colonización. Y como le señalara en sus instrucciones a su agente para la emigración, él estaba ansioso de tomar alguna acción relacionada con la emigración, pero,

“...el temor de que los injustos prejuicios que en el extranjero se tenían contra la República de Haití que ocasionarían malas interpretaciones sobre mis intenciones, me impedían tomar medidas públicas, lo cual actualmente no vacilaría en hacer, porque recibí durante el pasado mes de abril una comunicación oficial del Sr. Loring D. Dewey, Agente General de la Sociedad Americana de Colonización, en Nueva York, solicitando que se le puntualicen los términos en que el Gobierno haitiano consentiría en la emigración de estos hijos de Africa”.

En su respuesta a Dewey, el Presidente Boyer se mostraba entusiasmado y generoso.

“El Gobierno de la República ayudará en sufragar parte de los gastos de viaje de aquellos que no pudieran asumirlos, siempre que la Sociedad de Colonización pague el resto. El Gobierno les dará tierras fértiles a aquellos que deséen cultivarlas, les avanzará alimentos, herramientas y otras necesidades indispensables hasta que se hayan establecido lo suficiente como para no necesitar de esta ayuda... No importa el número de emigrantes; todos los que vengan con la intención de someterse a las leyes del país, serán bien recibidos”.

Ofreció tierra *gratis*, cedidas en propiedad, a aquellos que las cultivaren... “La cantidad será toda la que cada familia pueda cultivar. Por lo demás, la mejor buena voluntad hacia los recién llegados será la base de los convenios”.

Boyer sólo objetó la sugerencia de crear una colonia con derechos de estado. “Eso”, dijo, “No puede ser”.

“Las leyes de la República son generales y no puede existir ninguna que sea particular. Los que vinieren, siendo hijos de Africa, serán haitianos tan pronto como pongan sus pies sobre el suelo de Haití; gozarán de la felicidad, seguridad, tranquilidad, que nosotros mismos poseemos, aunque nuestros difamadores declaren lo contrario”.

Con casi el mismo plumazo con que contestó Boyer a Dewey, nombró un funcionario de la República para que fuera a los Estados Unidos en calidad de agente haitiano para la emigración, y despachó 50,000 libras de café a Charles Collins de Nueva York para ser vendidas y con el producto abrir una cuenta para los gastos de la emigración.

La Sociedad Americana de Colonización fue presa del desconcierto. La promoción de una emigración hacia Haití no era consistente con el tan publicado objetivo de la Sociedad de “cristianizar” a Africa y jamás sería aceptable para los auspiciantes sureños de la Sociedad ni para los miembros de la misma que a menudo eran dueños de esclavos. Aún en interés de eliminar de la vista de sus rentables esclavos el peligroso ejemplo que constituían los negros libres, pocos dueños de plantaciones sentirían entusiasmo por apuntalar a una cercana nación de negros que habían eliminado violentamente a sus amos blancos.

La Sociedad desautorizó inmediatamente las gestiones de Dewey, y cuando ya el agente haitiano y un barco cargado de café se hallaban de camino hacia los Estados Unidos, Dewey fue obligado a renunciar de su puesto en la Sociedad y a inducir a sus amigos abolicionistas a formar una nueva Sociedad para promover la Emigración de Personas Libres de Color a Haití.

El agente de Boyer era Jonathan Granville, quien después fue autor y tema de varios libros, hombre bien educado y de modales distinguidos. Su personalidad se constituyó en un factor promovedor de apoyo y propaganda para el proyecto de emigración como nunca pudo soñar serlo Dewey.

El ciudadano Granville llegó a Filadelfia en el bergantín "*Stephen Girard*" el 9 de junio de 1824. En seguida el *New York Commercial Advertiser* lo describió como "un caballero inteligente y bien educado; la tez color mosto oscuro." Durante su viaje por vapor a Nueva York, al día siguiente de su llegada a los Estados Unidos, Granville hizo su primera e imperecedera impresión en el público americano. El relato siguiente fue publicado en varios periódicos y sin duda, circuló de boca en boca entre muchos que no eran los suscritores.

"Estando sentado a la mesa, un teniente sureño le habló rudamente al ciudadano Granville pero éste no se dio por aludido hasta que el intruso se dirigió a él en forma pública y más insultante. Después de esto, se levantó inmediatamente y señaló que "en su país, estaba entre sus atribuciones detener a los haitianos que insultaban a los extranjeros". Entonces, en forma muy cortés, se disculpó ante sus acompañantes diciendo que sentía mucho haber violado las reglas del país en lo que se refiere a la propiedad y buenas maneras, y luego abandonó la mesa. Dieciocho de los pasajeros se pusieron de pie simultáneamente y ordenaron que prepararan otra mesa, luego de lo cual, el ciudadano Granville fue invitado a cenar con ellos; y el teniente fue dejado solo en su mesa. Este, sin embargo, pidió excusas al Sr. Granville, lo cual debe reconocérsele. Granville le replicó: 'Yo escribo los insultos en la arena; los favores, en mármol.' "

El *Advertiser* consideró que esa respuesta "le hubiera hecho honor hasta a Napoleón". En Haití, la *Fueille du Commerce* publicó la crónica con la observación de que "Un hombre cultivado, como el oro fino, vale lo mismo en todos los países".

Para sumarse al insulto que recibió durante el viaje, cuando Granville llegó a Nueva York, lo asaltaron los rigores del clima del norte. Una alta fiebre gripal le impidió asistir a la primera reunión a celebrarse en Nueva York para promover la emigración. Desde su cama de enfermo, le escribió al autor del artículo sobre su incidente en el barco:

“Honor a Ud. y a todos aquellos que no piensan que un rostro negro identifica a un corazón negro. . . El oficial de marina con quien tuve ese incidente se comportó de la forma más noble y si la historia no ha llevado a la posteridad todavía la marca del americano amante de la justicia, la conducta de este oficial basta para proclamarla, porque es realmente valeroso enmendar las faltas propias cuando cualquier cobarde podría haberlas cometido con toda impunidad.”

A través de las vicisitudes que pasó el proyecto de emigración durante el año siguiente, Granville permaneció siendo una figura impecable.

El anuncio de la llegada de Granville a Nueva York constituyó una gran noticia para John Henry Alexandre. Después de una expatriación de 25 años, Alexandre había regresado al país después de unificado éste. Había vuelto a los Estados Unidos para exhortar a sus amigos de Long Island a que emigraran y se establecieran, como él, en Haití. Alexandre dejó en Long Island a sus anfitriones y se marchó a Nueva York para participar en las actividades de la emigración. Meses después, se sintió compelido a enviar una carta a un periódico de Nueva York, negando los rumores de que él había sido enviado a los Estados Unidos por Boyer como propagandista del proyecto de emigración.

Sin embargo, a inicios del verano de 1824, había pocas razones para disculparse de toda acción relacionada con la emigración.

Con tacto, Granville adaptó las instrucciones de Boyer a las nuevas condiciones presentadas por la desautorización de la Sociedad de Colonización. Administró las finanzas del proyecto del cual el gobierno haitiano debía ahora asumir toda la responsabilidad, viajó de ciudad en ciudad por todo el litoral atlántico central, hablando a los posibles emigrantes y a las sociedades blancas que se habían organizado para apoyar el proyecto.

Estas se formaron casi inmediatamente en Nueva York, Baltimore y Richmond. En Nueva York, un abolicionista cuáquero, Thomas Eddy, aunque perturbado por la repentina muerte de su hija, escribió

a sus amigos, exhortándolos a apoyar la emigración. Le escribió largas cartas a Thomas Cope, de Filadelfia, dándole su opinión sobre la emigración y pidiéndole que auspiciara una sociedad en Filadelfia. Eddy le recordaba a Cope que en Haití, un negro,

“puede, en todos los aspectos, estar en pie de igualdad con sus conciudadanos —hay ventajas que nunca pueden tener en este país no importa cuan educados sean, no importa que, por su trabajo, adquieran riqueza o establecieren posición altamente respetable, nunca se les permitirá servir a la sociedad junto con los blancos ni siquiera en un jurado —a poca distancia de mí reside Peter Williams, quien ha sido legítimamente ordenado de religioso en la Iglesia Episcopal de esta ciudad— lo conozco desde hace veinte años— él es un hombre sensato y religioso, y altamente estimado por nuestros ciudadanos— de muy buenos modales y conocedor del griego y el latín— sin embargo, si este hombre viajara en diligencia y se sentara con alguno de los pasajeros en el desayuno o la cena, seguramente que será insultado— o si sus hijos se juntaran o jugaran con los hijos de sus vecinos, la señora blanca llamaría a su sirviente y lo mandarí a echar a los cachorritos negros pues no deben jugar con sus hijos”.

A pesar de la exhortación de Eddy y de la visita de Granville a esa ciudad, el *United States Gazette* de Filadelfia reportó,

“En Filadelfia no se ha formado ninguna sociedad de emigración y es probable que no se establezca una por ahora. Aquí se piensa que la partida de unos 5 ó 6 mil de los mejores. . . de la población de color tendría un efecto muy desfavorable entre los que quedarían. Por otra parte, hay dudas sobre cómo se avendría a los hábitos de la gente de color, que ha gozado de perfecta libertad en Filadelfia, un gobierno militar, no importa lo beneficioso que haya sido para los haitianos. De ahí que el sentir público, hasta donde hemos comprobado, es que la gente de color de esta ciudad debe ser dejada enteramente a su propio criterio— que no se debe poner

ningún obstáculo en su camino hacia la emigración ni tampoco deben tomarse medidas que apresuren su partida”.

Esta actitud neutral del público de Filadelfia era razonablemente apropiada. De todas las comunidades negras que había en esa época en el país, la de Filadelfia era probablemente la que menos necesitaba la orientación y el consejo paternalista de los blancos. Filadelfia era la sede de la Iglesia Metodista Protestante Africana de Bethel del Obispo Richard Allen y de la Iglesia Episcopal Protestante Africana de Santo Tomás, organizada por Absalon Jones. Estas fueron de las primeras congregaciones independientes de los Estados Unidos que tuvieron ministros negros. Juntos, Allen y Jones habían encabezado el éxodo de negros de la Iglesia Episcopal Metodista de San Jorge cuando Jones fue importunado mientras oraba y casi lo tumbaron a empellones debido a un malentendido sobre donde debía sentarse la feligresía negra. Allen y Jones fundaron la Sociedad de Africanos Libres, una de las primeras de esa naturaleza, organizada para promover la hermandad, respetabilidad y ayuda mutua en la comunidad negra. Cuando en 1817 se propuso el plan de colonizar la costa de Africa Occidental, Allen y James Forten, otro prominente negro, congregaron a unos 3,000 negros para declarar su oposición.

Había en Filadelfia prestigiosos líderes negros y pronto se ocuparon de la cuestión de la emigración a Haití. Aunque Richard Allen había rechazado la idea de arriesgar voluntariamente la vida de negros americanos de varias generaciones con el objeto de civilizar y cristianizar tierras de Africa que para entonces eran tan extrañas a los negros libres como para los auspiciadores blancos del plan, él vió una considerable diferencia en la emigración a Haití.

Allen organizó la partida inicial hacia Haití. El mismo barco que llevó de Filadelfia al primer grupo de emigrantes también llevó una carta del Reverendo Richard Allen dirigida al Presidente Jean Pierre Boyer. En ella, Allen decía:

“Mi corazón arde de afecto al reconocer la magnánima oferta que Ud. le ha hecho a esta pobre gente de los Estados Unidos, al proporcionarle asilo donde puedan disfrutar de libertad e igualdad.

A la llegada del ciudadano Granville a este país, inmediatamente fui en su ayuda dándole toda la asistencia posible en la realización de sus planes. A pesar de la gran oposición que había, invité a la gente a congregarse en mi iglesia (Bethel) y le expliqué vuestra proposición. Vi que estaban deseosos de aceptarla. Luego preparé un libro para inscribir los nombres de aquellos que deseaban embarcarse hacia vuestra isla. Tengo en mi lista más de 500 nombres listos para embarcarse tan pronto como las provisiones necesarias se puedan hacer, además de los que ya se han embarcado. . .

No tengo dudas de que pronto habrá miles que querrán irse a vuestro país a pesar de los esfuerzos de los habitantes blancos que quieren impedirlo. . .

En este viaje, estamos mandando 58 adultos sin contar los niños, la mayoría son respetables y trabajadores. Confío en que harán una buena impresión entre aquellos con quienes convivirán. . . Las personas que están viajando en este buque llamado "Carlota Corday", son religiosas y piadosas. He autorizado entre ellos a dos hombres para que prediquen y exhorten".

Una semana después de zarpar el barco de Filadelfia, otro grupo se aprestaba a salir desde Nueva York. La Sociedad para la Promoción de la Emigración de Personas Libres de Color a Haití, que se había formado bajo la inspiración de Loring Dewey, había cooperado con un funcionario de color, aparentemente con buenos resultados.

En la mañana del 2 de septiembre, el "magnífico y nuevo bergantin" "DeWitt Clinton", con buen número de pasajeros a bordo—"unas 120 personas de color, varones y hembras, y varias familias blancas"— estaba anclado en el puerto en el río North. El Capitán William Barstow estaba esperando que subiera la marea de la tarde para proseguir viaje a Puerto Príncipe. El *New York Daily Advertiser* informó que los emigrantes lucían "alegres y completamente satisfechos con su determinación".

Se tomaron las medidas necesarias para ofrecerles a los emigrantes una despedida alentadora y admonitoria. El *Advertiser* reconoció que la Sociedad de Color había “demostrado mucha discreción y actividad en relación con la partida”.

“Por invitación especial, los emigrantes se reunieron en la Iglesia Africana de Sion la noche anterior a su partida. Después de los himnos y de la oración dicha por el Reverendo Señor Paul, Pastor de la Iglesia Bautista Africana, el Reverendo Peter Williams, pastor de la Iglesia Episcopal Africana, dijo un discurso de despedida. Este discurso ha sido publicado y distribuido entre los emigrantes y es justiciero decir que lo consideramos de gran sabiduría y muy apropiado para la ocasión. Era obvio que causó impresión en las mentes de los emigrantes y no dudamos de que será escuchado con saludables consecuencias. Le hace honor tanto a la inteligencia como al corazón de su autor, el Sr. Williams— Una sentida oración fue recitada por el mismo caballero, después de lo cual se dirigieron a los emigrantes de forma muy apropiada, el Sr. C. D. Colden y el Prof. Griscom en nombre de la Sociedad de Emigración. También habló un hombre de color de Haití, luego se cantó un himno y el Reverendo James Varick, pastor de la Iglesia Africana de Sion, dio la bendición. El recinto estaba lleno de gente de color de ambos sexos y de diferentes denominaciones religiosas, quienes parecían tener vivo interés en el bienestar de los emigrantes y estar muy impresionados por la ceremonia religiosa”.

Tanto desde Filadelfia como de Nueva York, comenzó la emigración hacia Haití con la bendición de los hombres cuyos nombres se harían prominentes en la historia del protestantismo negro en América del Norte.

Poco después de la partida desde Nueva York, el bergantín “*Strong*” zarpó de Baltimore hacia Cabo Haitiano con un pequeño grupo de emigrantes. Diez días después, el 24 de septiembre, 200 partieron desde Filadelfia. Durante la segunda semana de octubre, el *Evening Post* informó:

“Se espera que el barco “Concordia” zarpe esta tarde o mañana por la mañana desde este puerto hacia Haití con unas 160 personas de color de ambos sexos. Hay seis buques en Filadelfia, uno en Port Elizabeth, uno en Alexandria, y varios otros en Baltimore están en vísperas de partir con el mismo destino. Se calcula que entre tres o cuatro mil personas de éstas saldrán de los Estados Unidos dentro de pocos días, y que cada quincena se embarcarán otros contingentes bajo la dirección del agente del Presidente Boyer, quien paga los gastos de transporte por autoridad del gobierno haitiano”.

El proyecto prosiguió con rapidez. Mientras barcos y más barcos llenos de emigrantes salían de los Estados Unidos, los periódicos editorializaban y debatían sobre la significación social y política de lo que estaba sucediendo. Aparecían largos artículos, rivalizando por espacio con la sonada visita de Lafayette y las melancólicas crónicas sobre la muerte de Lord Byron. El ciudadano Granville defendió la emigración en un artículo de unas 3,000 persuasivas palabras, haciendo uso de datos demográficos, referencias clásicas y máximas latinas.

El interés inicial de los periódicos fue cauteloso, y como había anticipado Boyer, se preguntaban sobre los motivos que tenía. Cuando se hizo patente que el reconocimiento diplomático de Haití no influía sobre la emigración, los editores del norte comenzaron a ver el proyecto favorablemente. Pronto se convirtieron en activos partidarios, periódicos de Nueva York y de Filadelfia.

En los estados del Atlántico central, la esclavitud había sido abolida en 1824 o estaba abocada a abolirse dentro de pocos años. Había un sentimiento de simpatía general en la clase alta por la condición y perspectivas del negro en Norteamérica, pero preocupación por la carga representada por los negros libres sin preparación e indigentes de las ciudades y por la competencia económica y tensión social entre blancos y negros de la clase trabajadora semiespecializada. Pocos blancos, aún los más democráticos, podían concebir una integración igualitaria de las razas. Hasta un hombre como Thomas Eddy, llegaría a preguntar retóricamente a su amigo Cope, “Ahora hay un número que son casi

blancos pero evidentemente muestran trazas de sangre africana— estaría Ud. o yo, satisfechos de tener hijos que se acerquen a esta descripción? ” La separación a través de la emigración parecía ser la solución más humana al problema. Si había dudas en el norte sobre enviar los negros a Haití, éstas se debían principalmente a la cuestión de si la distancia y los peligros de la costa africana eran peor para los emigrantes que “la religión católica —el idioma francés— y un gobierno militar” en Haití.

Los periódicos señalaban las seguridades públicas que daba el Reverendo Paul de que su labor proselitista protestante no había sido afectada por interferencia en Haití. El problema del idioma requería mayor razonamiento y estudio:

“Algunos piensan que donde quiera que se habla el idioma francés, la religión en su sentido más estricto puede comprenderse sólo un poco. Tal idea es errónea. —El idioma de los franceses es— tan a menudo y tan efectivamente empleado en la noble misión de llamar a los hombres al arrepentimiento, como nuestra lengua materna. Ha sido desafortunado para nosotros buscar casi exclusivamente en Inglaterra nuestro alimento literario, y ha sido siempre política de Inglaterra desacreditar todo lo que sea exclusivamente francés— y entre otras cosas el idioma de esa nación no ha escapado a las injurias del prejuicio y la detracción. Ha sido presentado siempre como apropiado para el diálogo frívolo de los salones— o al menos, capaz de transmitir las enfermizas ideas de las cartas de amor. Sin embargo, el idioma francés ha sido el vehículo de las verdades más importantes del cristianismo, envuelto en los términos más brillantes de la elocuencia sagrada. Esta objeción, aunque la hemos oído dicha muy seriamente por hombres de probo sentido y de las más puras intenciones, no es admisible”.

En cuanto al gobierno militar de Haití, el provincialismo que hace necesaria esta apología del idioma francés es sólo ligeramente menos desconcertante hoy que la subconsciente ironía de lo siguiente:

“Puede que haya hombres de color que se glorifican con la oportunidad de hacerse reconocer en la causa de la libertad— que no le pedirán al presidente de Haití más dádiva que ser colocados sobre el baluarte que queda entre la opresión gala y la libertad haitiana. Esos hombres mejor que se vayan a Haití en la primera tabla que flote hasta la isla”.

Mientras los periódicos del Norte fueron elocuentes sobre las virtudes de la emigración a Haití, los periódicos sureños generalmente la desaprobaban o la ignoraban. El número de negros libres iba aumentando en el Sur pero la esclavitud no había desaparecido todavía como en el Norte. Todo lo contrario, parecía de nuevo que era indispensable para la economía del Sur. En 1793, Eli Whitney le había proporcionado al Sur un medio para hacer el algodón duro pero de poca fibra que habían desarrollado en los *Trustees' Gardens* de Savannah, un producto enormemente valioso si se disponía de una gran fuerza laboral barata que lo trabajara. El Sur de las plantaciones había vuelto a explotar la fuerza y la resistencia física del negro. Las ciudades sureñas estaban ansiosas por eliminar de sus calles el ejemplo y supuesta amenaza de negros libres, pero Haití no estaba suficientemente lejos y con su violenta historia de insurrección, constituía un nombre y un ejemplo que era mejor quitarse de la mente.

En Washington, el *National Intelligencer* reflejaba la renovada riqueza y poder político de los dueños de plantaciones sureños. El *Intelligencer* apoyaba la colonización en Africa pero desaprobó el plan haitiano desde el primer momento. En Albany, Nueva York, que era también un centro de acción política, los periódicos tendían a seguir las pautas del *Intelligencer* que estaba siempre listo para enfatizar y a menudo, exagerar cualquier acción del gobierno haitiano o algún incidente de la emigración que pudiera describirse de manera desfavorable.

Esto fue lo que hizo el *Intelligencer* el 5 de noviembre de 1824 cuando el Agente Comercial de los Estados Unidos en Puerto Príncipe despachó sin mayores explicaciones, la información de que el gobierno haitiano había notificado oficialmente que se impondrían “las medidas más rigurosas”.

“contra buques detectados en el acto de sacar de la isla a haitianos o emigrantes y en caso de que el hecho no fuese descubierto sino después de la partida del buque, los consignatarios serán considerados responsables”.

El *Intelligencer* hizo notar esta noticia como evidencia contra la emigración, diciendo sobre Haití, que “no hay en el Mundo Cristiano, al menos que sepamos, un gobierno más despótico”.

En el *Genius of Universal Emancipation*, el periódico abolicionista de Benjamin Lundy, éste señaló que la protección más que el despotismo era una explicación más probable de la noticia. El comercio de esclavos africanos había sido declarado ilegal por las mayores potencias del mundo pero el comercio doméstico constituía una actividad económica importante que de nuevo se había hecho muy lucrativa. Todavía se vendían y compraban esclavos en América del Norte y del Sur. Fuera de la jurisdicción de algún gobierno local compasivo o de la vista de un buque oficial, era poca la fuerza legal o moral que protegiera aún a los negros manumitidos de capitanes y mercaderes inescrupulosos. Era una medida práctica la del gobierno haitiano amenazar a los consignatarios de buques responsables de actos que pudieran desembocar en infamias contra los emigrados ya que no había forma posible de advertirle a cada negro ajeno al peligro que corría, sobre la posibilidad de ser embaucado. La emigración misma era, obviamente, una buena oportunidad para la rapacidad. De hecho, antes de terminar la misma, un cierto grado de ingenio “para los negocios” introduciría en la emigración variadas formas de trampería.

Mientras los periódicos de los Estados Unidos persuadían, argüían o acusaban, los emigrantes habían comenzado a llegar a la Española. Los pasajeros del “*Carlota Corday*” recibieron una calurosa y personal bienvenida en Puerto Príncipe. John Somersett escribió a sus familiares para decirles:

“Cuando desembarcamos los habitantes nos recibieron más como hermanos que como extranjeros, nos ofrecieron sus casas para albergarnos e hicieron todo lo posible para hacernos sentir felices y contentos, los caballeros nos tomaron de la mano y nos sentaron a sus

mesas, y las señoras se hicieron cargo de nuestros hijos como si fueran los suyos”.

Miembros de la recientemente revivida Societé Philantropique acogió a los recién llegados en una recepción de bienvenida y aplaudió con entusiasmo un discurso del emigrante Junius Morrell. La llegada de Dewitt Clinton fue todavía más ceremoniosa. A solicitud de los emigrantes, la Societé Philantropique dio un almuerzo en honor del Capitán Barstow y del “Dr. B., un pasajero de cabina”. Allí se hallaban varios prominentes ciudadanos de Puerto Príncipe y hubo intercambio de discursos de elogios y de agradecimiento, incluyendo uno pronunciado por John Henry Alexandre, quien había acompañado a los emigrantes en calidad de líder y consejero.

Durante los meses siguientes, los emigrantes eran “la novedad” en Puerto Príncipe, según un comentario del Agente Comercial de Estados Unidos destacado allí. No simpatizando ni con los emigrantes ni con los haitianos, a quienes describió como “una raza verdaderamente fea y pilla de seres con quienes lidiar, y que sin embargo, le proporcionan un servicio tan importante a nuestra economía, que vale la pena cultivar su buena voluntad”, el agente aparentemente no hizo ningún esfuerzo por entrevistar a los emigrantes o interesarse en ellos. En lugar de ello, escribió su opinión sobre las ventajas de la colonia africana.

Un servidor de los Estados Unidos menos indiferente, oficial de la goleta del gobierno “*Grampus*”, que llegó a Puerto Príncipe el 23 de diciembre, “aprovechó la oportunidad de su llegada, para averiguar sobre la situación de los emigrantes provenientes de los Estados Unidos”, según informó el *Unites States Gazette*, periódico al cual escribió. El 24 “hizo un recorrido por el país”, y según las palabras del *Gazette*,

“Siendo el día anterior al aniversario de la Natividad del Salvador, los habitantes se dirigían en grupos hacia la ciudad llevando productos de la tierra, y en consecuencia, él afirma que ello le dio una mejor oportunidad para juzgar sobre la situación de los nativos que la que pudiera haber tenido en otras ocasiones. Dice, ‘No pude evitar sentir la mayor satisfacción al observar no sólo la nítida apariencia de la población,

tanto en sus personas como en sus viviendas sino también su comportamiento correcto'. Después de describir la productividad de la tierra y los varios frutos que allí se dan, afirma— 'En mi recorrido encontré varios grupos de emigrantes y me alegró verlos contentos con su situación presente, y anticipando con placer sus perspectivas futuras.' Los únicos descontentos que encontró eran los que querían ser elevados inmediatamente a las posiciones de coroneles, generales y políticos, y que pensaban que habían sido enviados allí para dirigir los destinos de la nación”.

Lo que escribían los emigrantes a sus parientes indica que ellos consideraban que la gente los trataba bien y que eran tratados con justicia por los funcionarios haitianos, pero sus observaciones sobre el país rara vez van más allá de la mención de la fertilidad de la tierra y de la rapidez con que crecen las plantas. La carta que escribiera desde la ciudad de Santo Domingo la niña de doce años Serena Baldwin, es una agradable excepción. La niña le escribió a Elizabeth Cox, a quien el *Commercial Advertiser* de Nueva York, identifica como la “amistosa e inteligente instructora de la Escuela Libre Femenina Africana”.

“29 de septiembre, 1824

Querida Maestra,

Con placer me apresuro a informarle sobre nuestra feliz llegada a Santo Domingo, después de un viaje de veintiún días. Mi mamá y yo nos mareamos mucho durante unos nueve o diez días, pero después disfrutamos un poco de nuestro viaje. Al llegar fuimos conducidos por el capitán del puerto a la casa del Gobernador, donde fuimos recibidos por él con toda la amistad con que nos hubiera recibido si tuviera años de conocernos íntimamente. Después de informarle nuestra intención de establecernos en la isla, fuimos conducidos a la residencia del segundo general en mando, donde registraron nuestros nombres. De ahí, fuimos a ver la capilla principal de la ciudad, cuya descripción requiere

de una pluma mucho más capaz que la mía. Con decirle que el altar es de plata macisa; que los adornos tallados que se alzan unos cuarenta pies sobre el altar son completamente dorados; en el centro del cual se halla una representación de la Virgen María, sosteniendo en las manos a nuestro Salvador; que hay dos órganos; hay pequeños arcos hechos en la pared que tienen diez o doce pies de grosor; de estos arcos algunos tienen veinte pies de altura; y en cada arco hay depositada una estatua de un santo; que sus columnas, que tienen 29 pies de circunferencia, se levantan hasta el techo que está a 60 pies de alto, en cada lado de la iglesia hay doce de estas columnas; esto es para darle una vaga idea de la elegancia del edificio; en realidad, Ud. no puede darse una idea sin verla con sus propios ojos. Después de ver la iglesia por todas partes, fuimos conducidos a nuestro lugar de alojamiento, en cuyo lugar nos hallamos actualmente. Desde que llegamos varias señoras y caballeros han visto mi dechado y mi cubrebanco; y han sido muy admirados por todos quienes lo han visto. . .

Querida maestra, a pesar de que estamos a cientos de millas de distancia, espero que no piense que la he de olvidar, ni a esos buenos amigos (me refiero a los directores) que han sido tan bondadosos conmigo, pues, si no hubiera sido por ellos y por Ud., quizás yo no hubiera aprendido ni la mitad de lo que sé, con respecto a mi educación, por lo cual, por ellos y por Ud. ofreceré a Dios mis humildes oraciones por su bienestar, tanto en esta vida como en la que vendrá. Por favor déle mis respetos al Sr. Andrews, y mi cariño a todos mis condiscípulos. Mi papá, mi mamá y mi hermano se unen a mi en enviarles nuestro cariño a Ud. y al Sr. Andrews.

*Quedo de Ud. respetuosamente
Serena M. Baldwin*

P.D. Señorita Elizabeth, por favor cómpreme 3 yardas de tela fina blanca y tres yardas de tela amarilla— tres

juegos de agujas de tejer, de diferentes tamaños, y 2 madejas de estambre para terminar mi cubrebanco que se me olvidaron. Mi mamá le envía cuatro dólares para comprarlos. S.M.B.”

Al aumentar le número de embarques y empezar a llegar continuamente emigrantes en gran número a sitios apartados de la isla, fueron recibidos con menos fanfarria. No sólo su llegada sino también la partida se hicieron rutina. Aparentemente, las instructivas y alentadoras reuniones de despedidas que se les dieron a los primeros emigrantes, no se repitieron con los grupos más recientes. La selección fue haciéndose menos cuidadosa y evidentemente la intención práctica de Boyer de estimular la explotación agrícola independiente en su país se hizo secundaria a la intención humanitaria popular y nunca fue inculcada a los emigrantes adecuadamente. Muchos de ellos eran sirvientes, obreros semicalificados y, sin duda, se trataba de negros recién libertados sin instrucción ni entrenamiento, que habían estado hacinados en arrabales como Moyamensing, en Filadelfia.

Del estado de Virginia, que desde hacía tiempo estaba resentido por la falta de cooperación de Pennsylvania en la devolución de esclavos escapados, llegaba la sospecha de que entre los emigrantes había esclavos prófugos. En respuesta a esta posibilidad, Maryland aprobó unas leyes que exigían pruebas de manumisión tan rigurosas que, en efecto, hacían la emigración de negros desde el puerto de Baltimore, prácticamente imposible. Como es natural, si algunas personas escapaban directamente de la esclavitud a los barcos que salían de Estados Unidos, no podía haber conocimiento de ello de parte de ningún interesado. Todavía hoy en día en Samaná, hay un hombre que es reacio a hablar sobre sus antepasados porque, según le confió a un amigo, ellos habían sido esclavos en los Estados Unidos y debido a ello podría aparecer alguien que quisiera “usarlo”. El Reverendo Nehemiah Wilmore, ministro de la Iglesia Metodista de Santa Bárbara de Samaná, cuenta la historia de cómo su tatarabuelo se escapó de la esclavitud llevando el hijo de dos años de un esclavo viejo con quien se fugó. El viejo, presa de pánico, dejó caer al niño cuando les echaron los perros y Wilmore lo recogió y huyó con él hasta ponerse a salvo. Se llevó consigo al niño cuando emigró pero no está claro si esto ocurrió inmediatamente después de la huida.

Parece improbable que de los 6,000 negros americanos que abandonaron el país, todos fueran legalmente libres, pero de igual manera, sólo unos pocos pudieron haber escapado sin que se levantara una algarabía general. No es probable que Granville ni los americanos que apoyaban la emigración pusieran en riesgo la continuación del proyecto por violar a sabiendas la ley.

Sin embargo, el proyecto mismo comenzaba a flaquear y un número de causas e incidentes pronto lo llevarían a su fin. Entre los cientos de personas envueltas en transportar tantos emigrantes—agentes, suplidores, capitanes—había, como era de esperarse desgraciadamente, algunas que eran deshonestas, corruptas e insensiblemente dados a beneficiarse en todo lo posible de la empresa. Mucho menos era de esperarse que entre los emigrantes no hubiera corruptos, inserviles y malcontentos. De estos, unos cuantos regresaron a los Estados Unidos y manifestaron sus quejas. Una carta de John Somersett escrita el 20 de octubre de 1824, comenta sobre uno de los que regresaron:

“En cuanto a Samuel Tines, es una pobre miserable creatura, que no merece vivir entre hombres libres, que lo único que puede hacer es rodar un barril; lloraba en las calles como un niño clamando por su madre, y para que vean si pudo haber tenido hambre debo indicar que nos daban provisiones para dos semanas que eran suficientes para todo un mes; nuestra ración incluía harina, arroz, carne de vaca, carne de puerto, pescado, galletas frescas, café caliente todas las mañanas; además, platos diferentes dos veces al día y a veces nos daban más; pero cualquier persona sensata sabe que Tines no estuvo aquí suficiente tiempo como para poder dar cuenta del lugar”.

El hijo de Richard Allen, John, fue uno de los primeros emigrantes de Filadelfia en marchar a Puerto Príncipe. Su primera carta debe haber sido reconfortante para Allen ya que él había apoyado personalmente el proyecto de emigración, pero también debió haber sido una advertencia al obispo de los problemas que vendrían. “Querido padre”, escribió John el 21 de octubre.

“Llegué a Puerto Príncipe el domingo 10 de octubre y encontré que el lugar es mucho más de lo que yo esperaba. Todos los emigrantes llegaron bien, están bien en general, y parecen estar satisfechos, excepto unos cuantos que esperaban convertirse en personajes importantes sin merecerlo; debemos caminar antes de poder correr; la isla está en paz y tranquilidad, la tierra es fértil y lo único que se necesita es gente que la trabaje. Los emigrantes en general me piden que te dé sus recuerdos, y que te informe que están satisfechos con el país. Pienso que habrá algunas personas que escribirán irrespetuosamente sobre Haití, pero son unos pocos que nunca estarán satisfechos no importa donde estén”.

En diciembre, el obispo Allen afirmó en el *United States Gazette* que había recibido varias cartas de emigrantes y todos hablaban favorablemente de la isla y parecían estar satisfechos. El mismo *Gazette* decía que había recibido,

“Informaciones concretas en relación con la situación de los emigrantes, vertidas en más de un centenar de cartas, todas de las cuales, con unas pocas excepciones, hablan en los términos más exaltados de los buenos tratos que recibieron a su llegada; y que las perspectivas sobre su aceptación en la comunidad, sobrepasan las más entusiasmadas expectativas”.

Las noticias que provenían de los emigrantes en sus cartas eran favorables y prometedoras pero a pesar de ello, en los Estados Unidos empezaron a circular rumores sobre supuesta insatisfacción de parte de los emigrantes y hasta del mismo Boyer. Los vagos y ociosos deambulaban por los muelles de Puerto Príncipe y sus chismes y quejas viajaron hasta Estados Unidos en barcos americanos. Varios de los auspiciadores americanos de la empresa viajaron a Haití a investigar personalmente la situación. El Reverendo B. F. Hughes, Benjamin Lunday y Loring Dewey entre otros. Ninguno de ellos puso en duda el éxito general de la emigración o hallaron falta alguna en el gobierno haitiano o en las condiciones imperantes en la isla. En abril, Dewey le escribió al obispo Allen:

“No tengo razones para cambiar la opinión que he expresado antes sobre las grandes ventajas de la emigración. En cuanto a la situación de los emigrantes, he encontrado muchas cosas que me ha pesado ver, y muchas que me han llenado de satisfacción. Me place ver que la mayoría de los males que constituyen la causa de sus quejas han surgido de ellos mismos— de absurdas expectativas a las que no tenían derecho, por falta de unión entre ellos mismos; por no tener una determinación concreta sobre lo que harían al llegar aquí; por no traer cositas que son necesarias y que no podían esperar que el gobierno se las proporcionara. . . Al llegar aquí se han separado y esparcido mucho a medida que se presentaba la necesidad de separarse. En realidad, lo han hecho en mayor medida de lo que el gobierno deseaba al preferir irse a trabajar para particulares en vez de irse a trabajar la tierra que el gobierno quería darles, pero el gobierno no los ha obligado a tomar tierras sino que los ha dejado hacer lo que desean aunque les haya dado las provisiones y hayan rehusado tomar posesión de las tierras”.

A los Estados Unidos llegó la noticia de que Boyer estaba tan desencantado por la actitud de algunos emigrantes que en un sólo día expidió 200 pasaportes. Dewey declaró después que en total, poco más de 200 regresaron. Un informe del Reverendo Hughes, un ministro negro e investigador enviado por la Sociedad Misionera, parece dar apoyo a la afirmación de Dewey. Al igual que Dewey, Hughes pensaba que los insatisfechos habían ido a Haití con expectativas irrazonables:

“de la idea de libertad, muchos de nuestros desafortunados prójimos han separado toda idea de justicia, orden y circunspección. . . Han estimado que es odiosamente cruel y ni un ápice mejor que la absoluta esclavitud el no permitírseles disponer de las cosas como ellos deséen, no ser indiscriminadamente admitidos en los círculos sociales de los hombres principales del país, aún en el propio domicilio de su Excelencia.”

Otros, explica Hughes, han rehusado arbitrariamente seguir las instrucciones y sugerencias del gobierno, que según cree, han sido “más liberales de lo que puede concebirse razonablemente”.

La paciencia del gobierno se evidencia en una información atribuida a Loring Dewey sobre cierto grupo de emigrantes, que apareció en el *Baltimore American*.

“...no querían permanecer junto a los compañeros seleccionados por ellos mismos adonde se les asignaba la tierra y donde se registraban sus nombres. Hubo un caso en que tan fluctuante era la decisión sobre este punto, que los papeles necesarios para asegurarles tierra y provisiones tuvieron que hacerse siete veces. . .”

El Agente Comercial de los Estados Unidos en Puerto Príncipe tuvo un motivo de gozo con estos casos de veleidad. El informó que en el pasado, en los puertos haitianos, haitianos, se suscitaron

“dificultades ocasionadas por nuestros hombres de color que son protegidos en violación de los reglamentos de navegación y hasta ha habido casos en que han obtenido indemnización de los capitanes por haber empleado ciertas medidas para evitar su desertión o para mantenerlos en el cumplimiento de su deber”.

El Agente decía que ahora Boyer había dado garantías verbales de no interferir más, “estando muy disgustado con la conducta de los emigrantes cuya inconstancia de disposición llegó hasta él”.

Además de los problemas que entrañaba tratar de asentar a los emigrantes de forma que les fuera ventajosa y satisfactoria, el gobierno estaba al tanto de las muchas formas en que personas vinculadas a la transportación de los emigrantes se esforzaban por sacar ventajas ilegales de la emigración.

Ya en los primeros tiempos de la empresa, en octubre de 1824, un emigrante escribió desde Santo Domingo que la goleta en que había venido traía 2,000 dólares falsos y ginebra y brandy de contrabando, los cuales fueron confiscados. Además del contrabando

y tráfico de dinero falsificado, algunos capitanes hacían caso omiso de las leyes de aduanas y vendían en la isla provisiones sobrantes que ostensiblemente habían sido llevadas a bordo para los emigrantes. El gobierno haitiano se vio en la obligación de notificar a los capitanes americanos que su economía basada en las rentas aduaneras no permitía este privilegio. Como señalamos antes, parece que llegó a sospecharse que ni el secuestro estaba vedado a la rapacidad de ciertos capitanes.

La gota que rebosó la paciencia de Boyer fue la forma de fraude en que supuestos emigrantes se vieron envueltos. El 10 de abril de 1825 el "*Olive Branch*" atracó en Puerto Príncipe. Tres días después, muchos de los emigrantes que habían llegado en la goleta exigieron permisos para regresar. El hecho fue ciertamente sospechoso y el 17 de abril, el gobierno haitiano anunció que después del 15 de junio siguiente, no pagaría el pasaje de los emigrantes desde los Estados Unidos. Hablando en nombre del presidente, el General Inginac declaró que "el agiotismo" había reducido la emigración a una operación comercial.

Unos cuantos barcos más zarparon antes del 15 y uno, en 1826, trajo emigrantes de Carolina del Norte para los cuales la Sociedad de Manumisión pagó los pasajes, pero la emigración de negros libres de Estados Unidos financiada por el gobierno haitiano, terminó casi al año justo de que Jonathan Granville llegara a Nueva York con el propósito de iniciarla.

Granville permaneció en Puerto Príncipe después de haber llevado un grupo a Samaná y Puerto Plata. Parece que continuó su meticulosa conducta y su ardua labor en los Estados Unidos dedicado a auxiliar a cualquier emigrante que se hallara en verdaderas dificultades.

John Cromwell, que había padecido durante su viaje a Samaná por culpa del agua sucia de aceite y las provisiones impregnadas de sal, dijo en su carta:

"El Sr. Granville fue muy bondadoso con nosotros; nuestra amistad comenzó al él hallarme enfermo y se interesó en mi hasta que abandonamos el lugar. Todos

los días, desde su mesa llegaban provisiones para nosotros. Todas las mañanas, además de nuestras raciones, había pescado fresco para nosotros. A su partida, me dio bastante con que empezar mi tienda, 90 ó 95 dólares de provisiones”.

Una carta del Dr. Burton refuerza esta imagen de Granville. “En cuanto al ciudadano Granville”, escribe Burton,

“Ha demostrado ser un hombre en toda la extensión de la palabra, y aquí ha sido un amigo para todos los emigrantes, un verdadero filántropo. Durante el viaje se ocupaba de todo lo que pudiera hacer más confortable y placentera la travesía de los viajeros. Frecuentemente lo vi tomar vituallas y vino de su propia mesa para dárselos a quienes veía que tenían estómagos débiles para tolerar la comida ordinaria. Pero esto no es todo, hasta ha llegado a distribuir sus propias camas entre los enfermos y envió una al hospital; y en una ocasión puso a dormir a un enfermo en su propia cama en su propia habitación. He leído a menudo sobre grandes filántropos, pero ninguno ha sido superior a él”.

Los emigrantes de Samaná, Puerto Plata y otras áreas rurales se iban adaptando y algunos tenían ya sus siembras, pero en Puerto Príncipe Granville se irritó por “las pretensiones desmedidas de algunos sirvientes, que no hallaron aquí las sobras de las espléndidas mesas, y que creían que con los viejos chalecos y botas de sus antiguos amos, serían aquí caballeros y señores, cuya vanidad no les permitía doblar el lomo con el azadón y el hacha en mano, prefiriendo regresar a la escoba y el cepillo de lustrar zapatos en los Estados Unidos; que les vaya bien”.

Granville se irritó con razón por los casos de venalidad, ingratitud e irresponsabilidad que le habían dado mala fama —esencialmente injustificada— al proyecto que le había dado libertad social y oportunida a miles que, de otra forma no la hubieran disfrutado y que defraudó sólo a unos pocos cientos de individuos. Como humano, enfiló su irritación contra un hombre que, él pensaba, había ocasionado los “peores males a la emigración”,

“...quien con un velo de filantropía había traído aquí sus puntos de vista particulares y sus planes de hacer fortuna; nosotros no nos hemos plegado a ellos, hemos despreciado su habilidad, su egolatría y sus intereses personales y por lo tanto, ahora no servimos para nada, tenemos un mal gobierno, no hemos cumplido con las promesas que les hicimos a los emigrantes. . .”

Evidencia circunstancial indica a un capitán americano que debió granjearse la ira de Granville pero, vista desde una mayor perspectiva, la empresa de la emigración estuvo obstaculizada por los muchos problemas de comprensión, planificación y comunicación inherentes a cualquier gran empresa y especialmente, quizás, por no prever y prevenir la mala fe que parece inevitable en algunos y que tan a menudo vicia las acciones humanitarias.

El proyecto le había costado al gobierno haitiano \$300,000, suma que según Dewey, era sin duda “mucho mayor que todas las que el año pasado se gastaron en nuestro país en acciones de caridad pública”. En ninguna de las asociaciones americanas que promovían la emigración se había recolectado dinero con el propósito de contribuir al pago de los pasajes de los emigrantes, ni siquiera para proveerlos de herramientas y otros implementos, aunque esto les había sido solicitado a esas sociedades por algunos de los proponentes de la emigración. Aunque por algún tiempo Boyer siguió ofreciendo tierra y medios de subsistencia, el proyecto perdió su atractivo popular en los Estados Unidos y hasta sus más dedicados portavoces parecen no haber hecho esfuerzos por conseguir dinero para continuarlo.

En la década del 1860 se produjeron dos otras emigraciones masivas hacia Haití, en estas ocasiones, iniciadas y auspiciadas por grupos de Estados Unidos. Una fue la emigración de Redpath, que fue un proyecto humanitario, y el otro fue una operación comercial que trató de establecer un asentamiento en Ile à Vache. El proyecto de Ile à Vache fue un desastre completo y la emigración de Redpath parece que fue sólo ligeramente más exitosa. En este último proyecto, los emigrantes no sólo se sintieron defraudados en sus expectativas sino que fueron víctima de enfermedades epidémicas y hubo muchas muertes.

Comentaristas que han estudiado las varias etapas de la emigración de negros americanos a Haití, tienden a atribuir el fracaso de estos dos últimos proyectos a la misma causa que hizo fracasar el anterior. Según documentos contemporáneos norteamericanos, ésto no parece justificarse. El proyecto de 1824—25 sucumbió víctima de fullerías y falta de entendimiento que tuvieron de fondo un cierto ambiente de críticas. A pesar de algunos casos serios como para hacer a un emigrante sentirse realmente defraudado y que retornara a Estados Unidos, y de algunos casos de enfermedad y unas pocas muertes, la verdad es que más de cinco mil negros libres de los Estados Unidos, fueron absorbidos por la población de la Española.

La única comunidad de emigrantes que todavía sigue identificable —los americanos— samanenses en la República Dominicana— podría ayudar, no sólo a aprender más sobre esa emigración sino sobre la dinámica envuelta en el establecimiento de asentamientos de extranjeros e integración cultural y adaptación.